

EL RÍO DEL OLVIDO

Desde hace dos años, como cada miércoles, están frente al cuadro de Patinir. Teresa, con la mirada perdida en las aguas de la laguna, observa con tristeza los esfuerzos del barquero remando eternamente, sin descanso, hacia no sabe dónde.

Ha visto la pintura cientos de veces, Manuel se empeña en venir todos los miércoles desde aquel día, el primero de todos, en el que delante del cuadro Teresa se desvaneció. Al despertar no lo reconoció, llevaban casados más de treinta años y no supo quién era. Tampoco recordaba nada de su vida anterior. El estupor se reflejaba en su rostro. Se volvió hacia el cuadro y señalando con el dedo la pintura exclamó:

–¡Yo he estado ahí! ¡Ahí!

Contó que estando en la orilla de un río, junto a una muchedumbre de sombras, ella misma lo era, el barquero se acercó y la invitó a subir a la barca; con un gesto de su mano le indicó que el viaje tenía un precio, Teresa había sacado una moneda que llevaba en su boca y se la había entregado. El anciano, flaco pero de aspecto vigoroso, comenzó a remar con energía. Iba semidesnudo, con el cabello en desorden y la barba descuidada.

El río cada vez se hacía más y más ancho hasta que desembocaron en lo que parecía una laguna, pero que no era sino un río más grande que el anterior. Ella no lo veía pero sentía en su espalda el aliento y el ímpetu que el barquero daba a su remo mientras se adentraban en las oscuras aguas del lago. Con desasosiego miraba a un lado y a otro. En la margen izquierda, Teresa veía perderse el agua por una puerta guardada por un perro de tres cabezas. Tras de la puerta había grandes fuegos cuyo humo oscurecía el cielo y llenaba el paisaje de tinieblas. Sobre ella unas figuras se doblaban y gritaban atormentadas, le pareció ver a otra defecando tras de una roca. Más adelante, entre los árboles distinguía a un ser, mitad perro, mitad simio, que le producía una gran agitación.

Volvió su rostro hacia el otro margen, allí, entre rocas puntiagudas, el Leteo cedía sus azules aguas a la laguna en medio de un idílico paisaje poblado de bellos animales y figuras seráficas que despedían calma. La quietud la reconfortó. Con un ligero gesto de su mano había indicado qué dirección tomar.

El barquero la depositó en la orilla. Teresa sintió sed, se agachó, con sus manos hizo un pocillo, las introdujo en las cristalinas aguas y bebió...

Desde aquel día Manuel regresa puntualmente con Teresa al Museo. No pierde la esperanza de que algún día, un miércoles cualquiera, su esposa vuelva a subir a la barca. Que Caronte, el viejo barquero, la lleve al Mnemósine, de cuyas aguas beba, y le sean devueltos, a ella, sus recuerdos, a él, la vida.

Alicia Gallego